

El tejido invisible: por qué la sociedad es el antídoto contra el autoritarismo



Tiempo de lectura: 4 min.

[Nashla Báez](#)

Imagine un castillo de naipes. Cada carta, firme en su posición, se sostiene gracias al contacto y el apoyo de las demás. Ahora, imagine que una mano invisible, metódica y cruel, comienza a extraer una a una las cartas de la base. No las rompe de golpe, sino que las separa suavemente, las aísla, y las coloca a solas en la mesa. Una por una. Hasta que la estructura, vacía de conexiones, se derrumba por su propio peso. Así opera el autoritarismo moderno.

Su estrategia no es siempre el choque frontal, sino el vaciamiento silencioso. Y su primer y último objetivo es siempre el mismo: el tejido social. El manual es tan predecible como letal. Primero, se vacía de contenido las instituciones. Los parlamentos se convierten en teatros, los sistemas de justicia en herramientas y los medios de comunicación en altavoces. Luego, viene el desmantelamiento de los partidos políticos y la ilegalización de las ONG, esos espacios donde la ciudadanía se articula más allá del individuo. El mensaje subliminal es claro: "ninguna organización es legítima excepto la mía".

Pero la fase más insidiosa es la última: la intoxicación de la confianza. El proyecto final no es que creas ciegamente en el líder, sino que dejes de creer en todo lo demás. En tu vecino, en tu colega, en tu familia y, finalmente, en tu propia sombra. El axioma se implanta: "No confíes en nadie".

Cuando el individuo está aislado, atomizado y sumido en la paranoia, ha sido perfectamente preparado para la dominación. George Orwell, en su profética 1984, lo ilustró con la figura del Hermano Mayor y la Policía del Pensamiento. La consigna

"El Gran Hermano te vigila" no era solo una advertencia de vigilancia; era el recordatorio constante de que cualquier vínculo de confianza podía ser tu perdición. Winston Smith no podía confiar en Julia, al menos no completamente, ni en O'Brien, ni en el hombre del bar. La sociedad se había disuelto en una colección de átomos humanos vigilados, donde el único vínculo permitido era la lealtad vertical y forzada al Partido. El "dos minutos de odio" no era solo una catarsis colectiva; era una perversión del tejido social, un momento de "unión" basado en el miedo y el desprecio, no en la solidaridad.

Otro ejemplo brutal lo encontramos en Los Juegos del Hambre. El Capitolio no solo oprime con violencia explícita. Su mecanismo de control más brillante es el aislamiento de los distritos. Prohíbe la comunicación entre ellos, convierte a sus hijos en competidores que deben matarse entre sí en un reality show televisado, y fomenta la desconfianza y la competencia interna. La esperanza de la trama nace cuando Katniss Everdeen, con un simple gesto de duelo y respeto por su compañera Rue, rompe ese aislamiento forzado. Su acto no fue solo un desafío; fue un restablecimiento de un vínculo humano que el Capitolio había prohibido. Fue la semilla de una articulación que terminaría por derribar el sistema.

Un individuo aislado es un ser vulnerable. El miedo, en soledad, se magnifica. El temor a reclamar, a ser el único que alza la voz, es paralizante. La voz solitaria es un susurro que se ahoga en el viento. Pero las voces articuladas, las que surgen de una comunidad, de un barrio, de una universidad, de un sindicato, se convierten en un grito imposible de ignorar. El autoritarismo lo sabe: es más fácil vulnerar los derechos de quien tiene miedo de reclamar, porque sabe que no hay una red que lo sostenga si cae.

Frente a esta maquinaria de desarticulación, la resistencia más poderosa es terriblemente simple y humana: mantener y fortalecer el tejido social. Es menester, casi un imperativo de supervivencia democrática, reunirse. Buscar y defender cualquier espacio que sirva de ágora. Que la universidad no sea solo un centro de formación, sino un foro de debate incómodo y libre. Que los vecinos no sean extraños detrás de una puerta, sino compañeros con los que compartir desde una queja sobre el suministro de agua hasta la organización de una fiesta callejera. Cada espacio de compartir, por mundano que parezca, es un acto de resistencia. La mesa de un bar donde se discute de fútbol y de política; la asociación de padres del colegio; el grupo de lectura; la protesta en la plaza; la celebración en la calle.

En estos espacios, se teje la confianza. Se crean códigos compartidos, se forjan lealtades horizontales y se practica la empatía. Se recuerda, en la práctica, que el "nosotros" es infinitamente más fuerte que el "yo" aislado. El autoritarismo teme al vecino que ayuda al vecino, a los estudiantes que debaten en el campus, a los trabajadores que se organizan. Le aterra cualquier forma de auténtica comunidad, porque es allí donde nace la capacidad de articular una respuesta.

Por tanto, la próxima vez que sienta el impulso de encerrarse, de desconfiar, de aislarse, recuerde el castillo de naipes. Salga. Hable. Reúnase. Celebre. Proteste. Comparta. Cada mano que estrecha, cada idea que debate, cada risa que comparte, es un hilo que teje una barrera invisible e inquebrantable contra la mano que quiere, silenciosamente, dejar todas las cartas separadas sobre la mesa, listas para ser barridas. Nuestra humanidad compartida es, y siempre será, el último y más mordaz bastión de la libertad.

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)